

Introducción

José Ramón Torregrosa

En las dos últimas décadas se ha venido produciendo una sensible reorientación en las creencias epistemológicas en que venían sustentándose las ciencias sociales. El supuesto de que una mera extensión a su ámbito de una versión «idealizada» de las prácticas de producción del conocimiento científico-natural iría aproximando la distancia que las separa en términos de poder predictivo y prestigio social ha ido siendo progresivamente puesto en cuestión, incluso hasta el punto de que –como ha ocurrido en el caso de la Psicología Social– se llegase a hablar de una crisis de paradigma.

Una de las consecuencias positivas de la así llamada «crisis de la Psicología Social» ha sido la desabsolutización de una concepción experimental-naturalista como paradigma epistemológico y metódico-técnico de la disciplina, y a cuya sujeción rigurosa se venía haciendo depender su progreso y avance acumulativos. Esta desabsolutización o relativización no ha sido, ciertamente, tan intensa como para producir un cambio de paradigma, una inversión radical en los supuestos metateóricos y procedimientos de investigación convencionales dominantes. De hecho, algunos autores incluso vendrían a sugerir que no se habría producido cambio significativo alguno, y que la disciplina seguiría anclada en los mismos supuestos que en los años previos a ese ejercicio de autoanálisis crítico que supuso toda la bibliografía sobre «la crisis».

Probablemente este hubiera sido el caso de no ser porque las versiones «reconstruidas» sobre la teoría y práctica científicas ofrecidas en los manuales de métodos y técnicas de investigación, y en los discursos justificatorios de los trabajos empírico-concretos, no reflejaban ya la pluralidad de planteamientos que desde la filosofía de la ciencia se venían haciendo en las últimas décadas, ni la problematizadora complejidad que la sociología de la ciencia venía a revelar en sus estudios sobre las prácticas concretas de producción, difusión y legitimación del conocimiento científico. Y aunque la resistencia al cambio puede ser tan común a las comunidades de científicos como a otros tipos de comunidad, resulta difícil pensar que un campo interdisciplinar como es la Psicología Social –como en realidad lo son todas las ciencias sociales– no se viera de algún modo

influida por desarrollos tan próximos y centrales a sus fundamentos teóricos y metodológicos.

En cualquier caso, creemos que esa desabsolutización del proyecto experimental-naturalista ha tenido como consecuencia el «redescubrimiento» o «actualización» de planteamientos y líneas de investigación apuntadas ya en los clásicos de las ciencias sociales en general, y de la Psicología Social en particular, —y cuyo interés no sería la mera erudición histórica sino un modo de profundizar y enriquecer las alternativas del presente—. De un modo resumido cabe decir que se trata de «recuperar» la vertiente humanística, cultural, ideográfica, simbólica, expresiva, comunicativa, comprensiva, hermenéutica, crítico-reflexiva, etc., que restaure y posibilite una percepción no reductiva de lo humano y una estructura conceptual que permitan el entendimiento de y la entrada en la subjetividad humana en los propios términos en que esta se manifiesta y se constituye dialógicamente, interiorizando y exteriorizando significaciones, en contextos socioculturales específicos.

Es obvio que los términos enumerados más arriba no evocan en absoluto una tradición conceptual unitaria. Sí convergen, en cambio, en recordarnos que las ciencias sociales, incluida la psicología, cuyo objeto de estudio es precisamente el hombre, se alejaron con demasiada premura de las Humanidades hacia una pretensión de cientificidad que, en aras de un supuesto rigor metódico, dejaban en un segundo plano precisamente aquellas dimensiones que, como el lenguaje, le constituyen como tal. Porque ya desde Aristóteles el ser humano es «el animal que habla», el que tiene «logos», o el «Dicente», como señala Ortega, subrayando la dimensión creativa, constructiva, del lenguaje. Hablar y decir que no sólo constituyen al hombre en lo que es y va siendo, sino que revelan su inherente socialidad. Este carácter fundante del lenguaje, así como sus implicaciones metodológicas, lo expresa la obra de Bakhtin-Voloshinov, en convergencia con Vigotsky, Peirce, Mead, etc., en quienes los actuales analistas del discurso reconocen, junto con la filosofía analítica, los postestructuralistas franceses, y la etno-metodología, sus antecedentes más inmediatos. Pero lo que importa subrayar es que «las nuevas metodologías cualitativas» no suponen sólo el desarrollo de técnicas de investigación empírico-concreta, con ser esto muy importante, sino su modo de entender la realidad humana a la que se restituyen dimensiones que, como tal, la definen.

Creo que esta es la intención de este volumen en su conjunto, y de los trabajos incluidos en esta sección, al poner al alcance del estudioso en lengua española estudios recientes de investigadores que, junto con otros, han contribuido notablemente a la configuración de un área que ya se denomina «psicología discursiva», aunque ciertamente tienen poco sentido aquí las delimitaciones disciplinarias.

De los cuatro estudios incluidos en este apartado, los tres primeros tienen la finalidad de mostrar la utilidad y los problemas concretos que se presentan

haciendo investigación empírica a través del(os) análisis(s) del discurso, en cuestiones que, sin duda, también han sido estudiadas desde otras tradiciones metodológicas. El último tiene un carácter teórico-programático.

El capítulo de Hollway utiliza fundamentalmente las nociones del psicoanálisis de Lacan, y a través de lo que denomina la autora «análisis interpretativo del discurso» nos muestra un modo de dar cuenta de los diferentes, cambiantes y conflictivos significados que para una persona puede tener «hacer el amor sin anticonceptivos», dependiendo de los discursos sexuales (normas) desde los que la persona interpreta su acción y la de su pareja, su «deseo» y necesidades, indicando cómo fantasías y mecanismos de defensa operan no sólo en la subjetividad individual sino en la reproducción de los discursos sexuales externos y en el mantenimiento de la desigual posición de poder en las relaciones de género. Subyacente al análisis de las conexiones entre dinámica personal, relaciones interpersonales íntimas e ideología, se adivina una prolongada introspección crítica, para cuyas esclarecedoras funciones no tienen cabida las metodologías más «objetivantes» de la psicología social convencional.

Potter y Wetherell, en el más «lingüístico» de los trabajos incluidos en este apartado, y en línea con su conocido estudio del 87, muestran convincentemente cómo la estabilidad y coherencia en las actitudes, cogniciones, etc., de la persona individual es un supuesto que no avala sus datos. Por el contrario, las mismas personas exhibirán distintas actitudes raciales, dependiendo del tipo de discurso requerido y expresado en cada situación. El lenguaje no hace transparente, sin más, una subjetividad que le preexiste. Es su uso, en contextos discursivos específicos, el que en todo caso la produce. La identificación de los repertorios lingüísticos y su variación, así como su selección por el hablante en los procesos de interacción discursiva, son pasos que el analista deberá tener en cuenta a la hora de determinar las posibles funciones que todo discurso desempeña en la acción.

El trabajo de Parker es, entre otras cosas, un brillante ejercicio de psicología de la publicidad. Su interpretación crítico-reflexiva de un cartón-envoltorio de pasta dentífrica para niños, desde un análisis textual en vena foucaultiana, hace inteligible la compleja variedad de elementos significativos implicados en el envoltorio de un objeto de consumo, aparentemente simple y banal. Obviamente, esta rica complejidad no reside en el objeto, sino que emerge constructivamente desde la mirada a que el analista lo somete. El propio autor responde cumplidamente a las objeciones de «subjetivismo» de que puede ser objeto —ciertamente, como todo análisis interpretativo—. La enumeración de los pasos a seguir en estudios de esta naturaleza es muy detallada, y probablemente todo lo pedagógico que una breve síntesis del enfoque de Foucault permite.

El texto de Serrano nos proporciona un incitante proyecto de fundamentación interdisciplinar entre la Psicología y la Antropología. Es, en no poca

medida, el proyecto de la «otra psicología» que Wundt hubiera querido ver desarrollado, y que tan poca consideración tuvo ulteriormente.

La convergencia que, en supuestos fundamentales, va estableciendo entre distintas corrientes y disciplinas de las ciencias humanas y sociales es altamente informativa y coherente, respondiendo a una sensibilidad científica cada vez más extendida. El sentido de la articulación interdisciplinar que invoca entre Psicología y Antropología alcanza en realidad a casi todas las ciencias sociales y humanas.